

[Volver](#)  [Imprimir](#)

Domingo, 20 de Mayo 2007 / Publicado el 19/04/2007

ARTE: Recomendada

Sensualidad maquillada

Tamara de Lempicka

Comisario: Emmanuel Bréon. Casa das artes. Casa das Artes, 15. vigo. Hasta el 15 de julio



Retrato de Suzie Solidor, 1933

Auspiciada por la Fundación Caixa Galicia, la Casa das Artes de Vigo abre al público la primera gran exposición de Tamara de Lempicka en España. Comisariada por Emmanuel Bréon, la muestra pretende acercar al visitante, no sólo la obra, sino también la vida, excesiva, polémica, siempre al límite, de una mujer que excedió con su personalidad su fama de artista para convertirse en icono de una época: el París frívolo y liberal de los años treinta.

Aunque no suele ser citado entre sus influencias principales, *Le grand Déjeuner* (1921), de Léger, siempre me ha hecho pensar en Tamara de Lempicka. Las tres protagonistas, semejan odaliscas salidas de un cuadro de Ingres, pero sus cuerpos neumáticos y sus pechos del tamaño de pelotas de baloncesto sin pezones –así los describe Arthur C. Danto–, evidencian otro momento de la historia. Siempre pensé que si Léger fuese mujer, sería Tamara de Lempicka; pintando el lujo, el confort de unos modelos que semejan estar posando para un fotógrafo de revistas de moda, un intento, en definitiva, de que nos sintiéramos bien. Tamara de Lempicka hace brillar a las mujeres como las máquinas de Léger. Es en esa ligereza de lo pulido

donde se esconde la profundidad de una convicción y el hilo conductor o sentido de sus trabajos.

Tamara de Lempicka quería ser sensual; quería serlo ella y también sus cuadros. Su elegancia serena buscaba, antes de nada, el glamour, la vida en un pantone de color rosa. De ahí las pocas veces que mira a la cámara en sus fotografías, como sus modelos, impregnados de una actitud elitista, distante. Cuando mira, será una mirada altiva, que deambula entre lo desafiante y lo coqueto. La pintura de Lempicka es, sobre todo eso, evasión fugaz. La vida sofisticada de una utópica noche eterna, como si una veladura de cocaína impregnara sus cuadros, escondiendo la decadencia. Lo contrario sería negar lo evidente. Porque los desnudos de Tamara de Lempicka son desnudos de esthéticienne y la carne monumental nunca desborda. Así era la diferencia entre un académico Ingres y un realista Courbet años atrás. De Lempicka, aunque pretendidamente transgresora, declina más hacia el primero de ellos. Lo grotesco es aquí sólo volumen y el virtual escándalo de su época siempre resulta comedido en unos trabajos que sí se impregnan de una estratégica provocación.

Por ese camino sin compromiso fue puliendo un estilo que delata influencias y homenajes clandestinos: Miguel Ángel, Pontormo, Ingres, Greuze en sus dibujos, el cubismo sintético de André Lothe, la asunción de los logros cromáticos del fauvismo, la evidente fisura escenográfica del cubismo y su serendipia incuestionable con el *art déco*. Para una época que vivió rápido, los cuadros de Tamara de Lempicka son una suerte de blog, un retrato de época que la han convertido en un símbolo de entonces. Lo señala el comisario de la exposición, conjuntamente con Eva Ruiz, Emmanuel Bréon: “De Lempicka hizo de su vida una extraordinaria puesta en escena”; de ahí que en el montaje de la exposición se trate de recrear aquel París cosmopolita, con estudio de la artista incluido.

Se dice que su obra ha estado empañada durante años por el brillo de su propia personalidad. Pero lo más interesante de su obra es, precisamente, eso: cómo revela la condición de mujer moderna, el contexto de objetos y personajes (André Gide, Romaine Brooks) que convirtieron a Tamara Gorska en Tamara de Lempicka. En la exposición organizada por Caixa Galicia se exhiben 43 óleos diferentes, pero debemos ser conscientes de que todas las pinturas de Tamara de Lempicka son autorretratos, o más bien, el *trompe l'oeil*, la careta, que esconde un rostro dominado por el sueño de la celebridad. En sus dibujos, seguramente, podríamos descubrir otras cosas. Mientras, en sus fotografías, los ojos maquillados nos recuerdan otra vez la pose, la intención de ser vista. Aunque más tarde vendrá Warhol para hacernos saber que para todo eso, no era preciso pintar.

BARRO, David

Contenidos © Copyright EL CULTURAL. Prensa Europea del Siglo XXI, S.A. |
Distribuido en su edición papel por el diario **EI MUNDO** |

| www.elcultural.es. Editado por El Cultural Electrónico, S.L. Inscrito en la AEPD con el número 2051720568 |